9. Escucha con solicitud y habla con gravedad

Hermanos queridísimos, ¡que cada uno sea solícito para oír, lento para hablar y lento para airarse; porque la ira del hombre no obra lo que es justo delante de Dios! (St. 1,19-20).

Naturalmente, todo hombre debe ser veloz para escuchar, porque, según la etimología latina, el oído se llama así, porque ávidamente capta y traga el sonido.

Observa, además, que «en la parte posterior de la cabeza no hay carne ni cerebro: sólo está el instrumento del oído. Y esto es oportuno y justo, porque la parte posterior de la cabeza está vacía y llena de aire; y justamente, el instrumento del oído se sirve del aire» (Aristóteles). He ahí porqué el hombre oye velozmente, a menos que no sobrevenga un estorbo. En la cabeza, o sea, en la mente, en la cual no hay carne, o sea, no hay apego a la propia voluntad, sino aire de devota fidelidad, pasa velozmente la voz de la obediencia, por la cual, *al oírme, en seguida me obedecían* (S. 17,45); y Samuel en el primer libro de los Reyes (3,19): *Habla, Señor, que tu siervo te escucha.*

Para que la obediencia penetre más velozmente, ha de ser como el aire: puro, dócil a las cosas celestiales, sin tener nada de las cosas terrenales. *Sea,* pues, *todo hombre solícito para oír.*

¡Y sea lento para hablar! La misma naturaleza, que encerró la lengua con una doble puerta, nos enseña a que no divague libremente. Delante de la lengua, la naturaleza ha puesto dos puertas, los dientes y los labios, para significar que la palabra no debe salir sin gran cautela.

Estas dos puertas las había cerrado con perspicacia David, quien en el Salmo (140,3) oraba así: *Señor, coloca una custodia a mi boca y una puerta de circunstancia a mis labios.* Y se expresa bien al decir «puerta de circunstancia», para que se cuide no sólo de la palabra ilícita, sino también de la circunstancia de una palabra ilícita. Por ejemplo, hay algunos que se avergüenzan de hablar mal en público de una persona, pero bajo el manto de la alabanza (o sea, de la adulación) hablan mal de ella y, lo que es peor, hacen esto también en la confesión.

Observa, además, que no basta cerrar la puerta de los dientes, sino también la de los labios. Cierra estas dos puertas el que se abstiene tanto de la detracción como de la adulación.

Pero *la lengua ningún hombre la puede domar: es un mal rebelde y está llena de veneno mortal;* es un fuego que puede incendiar el bosque de las virtudes y puede inflamar la rueda de nuestra existencia (St. 3,5-8). La lengua puede romper la primera y la segunda puerta y luego *salir a la plaza como una prostituta cacareadora y casquivana, incapaz de estar quieta y alborotadora* (Pr. 7,10-12).

San Bernardo arremete con fuerza: «¿Quién puede contar cuántas suciedades puede acumular el pequeño miembro de la lengua y cuántas inmundicias se junten dentro de los labios impuros y cuántos sean los perjuicios de una boca no cerrada? Nadie subestime el tiempo gastado en palabras ociosas... Vuela lejos la palabra que no se puede revocar, vuela lejos el tiempo al que no se puede llevar remedio; y el necio no advierte lo que está disipando. La gente se disculpa: «¿No es lícito charlar un rato y pasar una hora juntos?». Pero Dios te dio esa hora como una gracia, para que tú puedas obtener el perdón, para que busques la gracia, para que hagas penitencia y para que así merezcas la gloria celestial».

Insiste san Bernardo: «No tengas reparo en decir que la lengua del maldiciente es más cruel que la espada con que fue traspasado el costado de Cristo. Esa lengua traspasa el cuerpo de Cristo, pero no el cuerpo inanimado, sino que lo hace inanimado traspasándolo (en el prójimo). Las espinas que punzaron la cabeza de Cristo y los clavos que le perforaron las manos y los pies no hicieron más daño que los que hace la lengua del maldiciente: ésta traspasa el corazón mismo de Cristo».

El filósofo Séneca dice: «No pronuncies cosas deshonestas, porque poco a poco, a fuerza de repetirlas, llegas a perder el pudor». Y el pensador Publilio Siro: «Muchas veces me arrepentí de haber hablado, jamás de haber callado». Y de nuevo Séneca: «Usa más a menudo los oídos que la lengua».

¡Que todo hombre sea, pues, *lento para hablar;* y así podrá

imitar a los santos, porque, como dice Santiago (3,2): *Es perfecto quien no ofende en el hablar.*

(IV domingo después de Pascua: I, 325-327)

10. Dios ayuda al humilde y al sencillo

Observen cómo crecen los lirios del campo: no trabajan ni hilan, pero les digo que ni Salomón, con toda su gloria, se vestía como uno de ellos (Mt. 6,28-29).

En los lirios se destacan tres propiedades: la medicina, el candor y el aroma. El poder medicinal está en la raíz, el candor y el aroma en la flor. Los lirios simbolizan a los penitentes, que tienen el espíritu de pobreza y que crucifican los vicios y las concupiscencias de su cuerpo; que tienen la humildad en el corazón y reprimen la hinchazón de la soberbia; que poseen en el cuerpo el candor de la castidad y despiden el aroma de la buena reputación.

Los penitentes son llamados lirios del campo, no del desierto ni del huerto. En su campo se ponderan una sólida santidad y una perfecta caridad. Este campo es el mundo (Mt. 13,38); poder vivir en él, para una flor, es muy difícil, pero también digno de elogio.

En el desierto florecen los ermitaños, que se tienen apartados de la convivencia humana; en el huerto cerrado florecen los religiosos de clausura, a los que provee la custodia humana.

Para los penitentes es mayor gloria florecer en el campo del mundo, en el que fácilmente se marchita la doble gracia de la flor; el candor de la vida y el aroma de la buena reputación. He ahí porqué Cristo se gloría de ser flor del campo, y nos dice en el Cantar (2,1): *«Yo soy la flor del campo».* De manera semejante puede gloriarse la bienaventurada Virgen María, su Madre, que, aun viviendo en el mundo, no echó a perder su flor, y consideró fuente de mayor mérito florecer en el mundo, en lugar de florecer como reclusa o monja en el huerto o en el

desierto. Por cierto, observa san Agustín, es más peligroso tentar los caminos del mundo; pero el poderlo hacer produce frutos mejores.

* * *

En el campo suelen desarrollarse combates; y en el mundo la batalla es continua, impulsada por las tentaciones de la carne, del mundo y del demonio. Es menester tener una santidad bien sólida y bien firme, para que pueda resistir a todos los peligros.

El que quiere trabarse en lucha en el campo del mundo, ante todo, considere a través de su experiencia si es capaz de resistir en una lucha tan despiadada. Es mejor florecer en el huerto o en el desierto que pudrirse en el campo: es mucho mejor estar en pie allá que sucumbir aquí.

En el asunto de los lirios del campo, se muestra la perfección de la caridad, porque ellos se ofrecen a quienquiera los quiera recoger. *Da a todo el que pide,* dice el Señor (Lc. 6,30). Si no tienes recursos, dale al menos la buena voluntad; y si le das las dos cosas, la perfección es mayor.

* * *

Considerar cómo crecen los lirios del campo: no trabajan ni hilan. Observa los tres verbos: crecen, no trabajan, ni hilan. Los justos crecen de virtud en virtud, justamente porque no trabajan ni hilan: no trabajan en los hornos de ladrillos de Egipto, o sea, en los placeres de la carne; ni hilan, o sea, no se embanderan en preocupaciones por las cosas temporales.

¿Quieres crecer? Entonces, no trabajes en ti mismo (para tu egoísmo), ni hiles cosas mundanas; y así serás pobre. Dice José en el Génesis (41,52): *Dios me hizo crecer en la tierra de mi pobreza.*

El justo crece en la tierra de la pobreza, o sea, en la humildad del corazón. Cuando decrece en sí mismo, entonces Dios crece en él. Con razón decía Juan el Bautista: *El, o sea, Cristo, debe crecer y yo disminuir* (Jn. 3,30). Cuando te disminuyes a

ti mismo, entonces Dios crece en ti. Isaías dice: *El pequeño llegará a ser un millar, y el niño un pueblo formidable* (Is. 60,22). Esto sucede cuando el humilde se eleva en la perfección de su mente y de su obra, como se dice en el Salmo (63,8): *El hombre se humillará, y Dios será exaltado...*

Cuando tú te humillas, entonces Dios se exalta en ti, porque te levantará sobre todo lo que es *vanidad y aflicción de espíritu* (Ecle. 1,14).

Escuchen ustedes, oh mundanos y amantes del tiempo fugaz; escuchen ustedes, que se hallan *fatigados y oprimidos* (Mt. 11,28) tuercen y retuercen los hilos de sus preocupaciones terrenales; *consideren cómo crecen los lirios del campo. Les digo que ni Salomón, en toda su gloria, se vestía como uno de ellos.*

El sapientísimo Salomón simboliza a los sabios de este mundo, los cuales en toda su gloria frívola y efímera, en todo su saber hinchado y en toda su engañosa elocuencia, no están vestidos como uno de los pobres de Cristo. Estos están vestidos del candor de la pureza, mientras aquellos están cubiertos por la herrumbre de la concupiscencia carnal; la desnuda pobreza cubre a estos pobres, la abundancia no cubre a los demás. *Están cubiertos por su iniquidad e impiedad* (S. 72,6) y no están cubiertos por la virtud. Aquí en la tierra están vestidos, pero en otras partes serán desnudados.

De ellos añade el Señor: *Si Dios viste así a la hierba del campo, que hoy está y mañana será arrojada al horno, ¿no hará mucho más por ustedes, hombres de poca fe?* (Mt. 6,30).

Esa hierba se dice «heno», por el hecho de que nutre la llama (en griego, *phos),* y simboliza a los que viven carnalmente. Hoy, o sea, en esta vida, Dios los viste, o permite que se vistan, de cosas temporales; pero mañana, o sea, en el futuro, los arrojará al horno del fuego ardiente. Allí serán ellos mismos quienes nutrirán la llama que los quema. Por eso el señor dice por medio de Isaías (50,11): *He aquí: todos ustedes que encienden el fuego y están rodeados de brasas, caminen a la luz de su fuego y de las brasas que encendieron. De mi mano les vendrá esto: ustedes yacerán entre torturas.* Allá, en el infierno, te quemarás en el fuego, que tú mismo encendiste aquí en la tierra. ¿Quieres evitarlo? No enciendas este fuego mundano; y, si

ya lo encendiste, apágalo en seguida. Entiendo el incendio del pecado.

Pondera bien estos dos adverbios: *hoy* y *mañana*. Hoy él es pecador, y mañana no lo será; hoy se viste y mañana es arrojado al horno. En el primer libro de los Macabeos (2,62-63): *No tengan miedo de las palabras del impío, porque su gloria acabará en el estiércol y entre gusanos; hoy es exaltado y mañana ya no se hallará, porque retorna a su polvo y sus cálculos se desvanecen.*

Hoy el pecador es vestido y mañana será arrojado al horno. Por esto dice Isaías: *Todo manto, revolcado en sangre, será quemado y será pasto del fuego* (Is. 9,5). El alma, que se echa a cuestas el vestido de las riquezas manchadas con la sangre de los placeres carnales, será un día pasto del fuego eterno.

Si, pues, Dios permite a los pecadores carnales, hijos del fuego eterno, las cosas superfluas, pero para su daño, ¿cuánto más no concederá a ustedes, sus fieles, las cosas que les son necesarias?

Por esto, no se preocupen diciendo: «¿Qué comeremos, o qué beberemos, o con qué nos vestiremos (Mt. 6,31). Jesús vuelve a inculcar más plenamente lo que ya había dicho al comienzo del sermón, para que vivamos sin preocupación. Sobre este punto comenta la Glosa: «Con estas palabras parecen censurados los que desprecian el alimento y el vestido comunes y procuran presumir de más refinados y de corte más primoroso en relación con las personas con las que viven. *De todas estas cosas se preocupan los paganos* (Mt. 6,32), que no se cuidan de lo que suceda después de su muerte. Pero el pagano no tiene nuestra fe: por eso se fatiga y se preocupa de las cosas de esta vida. Pero el cristiano, que tenga para los bienes terrenales el mismo afán del pagano, se vuelve también él un infiel.

Su Padre sabe de qué ustedes necesitan y no cierra sus entrañas a los hijos buenos. Al oír la palabra «Padre», no dudes más: El sabrá darles lo necesario, con tal que su infidelidad no le haga volver las espaldas.

Con esta pauta concuerda el pasaje de la epístola: *Lleven las cargas los unos de los otros y así cumplirán la ley de Cristo* (Ga. 6,2). No podrías llevar la carga ajena, si antes no depones

la tuya. Aligérate de tus cargas, y así podrás llevar las cargas ajenas. Cuando seas como un ave del cielo o un lirio del campo, entonces podrás llevar como tus cargas las tribulaciones y las enfermedades del prójimo; y así cumplirás la ley, o sea, la caridad, de cristo, quien *llevó nuestros pecados en su cuerpo crucificado* (I Pe. 2,24).

Te suplicamos, pues, Señor Jesucristo, que a través de las alas de las virtudes nos eleves de las cosas terrenales, nos vistas con el candor de la pureza, nos ayudes a llevar las cargas de las debilidades de los hermanos y así podamos llegar a ti, que llevaste nuestras cargas. Lo alcanzaremos con tu ayuda, oh tú, Señor, que eres bendito por los siglos de los siglos. ¡Amén!

(XV domingo después de Pentecostés: II 238-241).

11. Busquen las cosas de arriba

De Tobías se lee en la Escritura: *Tobías era de la tribu y de la ciudad de Neftalí, que está en la alta Galilea sobre Naasón, detrás del camino que lleva a occidente, y tiene a la izquierda la ciudad de Sefet* (Tb. 1,1).

Tobías se interpreta «el bueno del Señor»; Neftalí, «amplitud»; Galilea, «rueda»; Naasón, «augurio»; Sefet, «letra» o «belleza».

Tobías es todo hombre justo, que cree que todo el bien que posee le pertenece al Señor, no a él. Y dice con el Salmista (118,65): *Oh Señor, concediste bienes a tu siervo;* y con Isaías (26,12): *Oh Señor, tú das éxito a todas nuestras empresas;* y de nuevo con el Salmista (99,3): *El nos hizo y nosotros somos suyos.*

Este buen hombre, Tobías, se dice que era de la tribu y ciudad de Neftalí. Es, pues, hijo y ciudadano de la «amplitud», o sea, de la caridad. *Tus mandamientos, Señor, son sobremanera amplios* (S. 118,96).

He aquí el testamento que Cristo estableció para sus hijos: *Este es mi mandamiento, que se amen unos a otros, como yo*

los he amado (Jn. 15,12). El justo, precisamente como un hijo, posee este testamento, que le pertenece por derecho de herencia, y habita siempre en él, como en una ciudad. El proclama: *Habitaré en la herencia del Señor, y mi herencia es magnífica* (Ecli. 24,11; S. 15,6).

Y ¿dónde está esta ciudad? *En la alta Galilea, sobre Naasón.* Observa a la avecilla que vuela hacia lo alto: *Ustedes son de abajo* –dice el Señor–, *yo soy de arriba* (Jn. 8,23). Es como si dijera: «Ustedes dan vueltas alrededor de la tierra como una rueda, o sea, se precipitan de vicio en vicio. En cambio, la ciudad del justo, la del buen Tobías, no está situada en las partes bajas de Galilea, sino en las altas. Ella supera la rueda del mundo, busca las cosas de arriba y abandona las cosas inferiores y volubles».

La ciudad del justo está sobre Naasón, justamente porque ella es un augurio de cosas superiores, o sea, contempla las cosas celestiales.

He aquí entonces como este relato bíblico concuerda con el Evangelio. Naasón significa «augurio» y etimológicamente «augurio» significa «lo que las aves llevan con su vuelo». Y «ave», formado por el «a» privativo y «vía», significa «sin vía»; o sea, que no tiene camino seguro.

Y es un símbolo del hombre contemplativo, el cual, mientras vuela a las esferas superiores, no tiene un camino rectilíneo. En efecto, la contemplación no está en poder del contemplante, sino que está a disposición del Creador, que infunde la dulzura de la contemplación en quien quiere, cuando quiere y como quiere. Por eso Jeremías afirma (10,23): *Sé bien, Señor, que el hombre no es dueño de su camino, ni está en poder del hombre caminar ni ordenar sus pasos.*

Observa que algunas aves tienen las patas largas y, cuando vuelan, lo hacen con las patas extendidas hacia atrás. Y hay también aves con patas y zancos cortos y, cuando vuelan, los aprietan contra el vientre, para que no las estorben en el vuelo; las patas cortas no impiden el vuelo.

Dos son las clases de contemplativos: los hay que se ocupan de los demás y se les entregan totalmente. Los hay que no se ocupan ni de los demás ni de sí mismos, y hasta se sustraen

a las cosas que les son necesarias. Los primeros tienen los pies largos; los segundos, cortos. Los primeros, mientras oran, vuelan hacia arriba en la contemplación; y los pies, o sea, sus afectos con que proveen a las necesidades del prójimo, los extienden hacia atrás, para no ser estorbados en su vuelo.

Oh hermano, cuando sirves al hermano, extiende tus pies hacia adelante y gástate todo por él. En cambio, cuando te diriges a Dios, extiende tus pies hacia atrás, para que tu vuelo sea libre. Cuando oras, olvídate de los beneficios y servicios que llevaste a cabo o proyectas hacer. Durante la oración, suelen presentarse esas imágenes, perturbando mucho la mente del contemplativo.

Por su parte, los que tienen los pies cortos, o sea, que no se extienden ni hacia los demás ni hacia sí mismo, aprietan los pies contra el vientre, o sea, acogen en su mente sólo sentimientos breves y cortos; y se recogen en sí mismos, convencidos que la mente, concentrada en un solo pensamiento, más fácilmente puede levantarse en vuelo y fijar el ojo de la mente en el áureo y solar esplendor de la luz eterna...

* * *

Sigamos leyendo en la Biblia: *Detrás del camino que lleva a occidente y tiene a la izquierda a la ciudad de Sefet* (Tb. 1,1).

Así obra el justo. El deja a sus espaldas el camino espacioso que lleva al occidente, o sea, a la muerte. Dice el profeta David: *Que su camino sea tenebroso y resbaladizo y el ángel del Señor los persiga* (S. 34,6). Mientras viven, el camino de los pecadores es tenebroso por la ceguera de su mente, y resbaloso por prácticas inicuas. Y en la muerte el ángel malo, o sea, el demonio, los perseguirá y los acosará hasta precipitarlos en el abismo del fuego ardiente.

El justo tiene a la izquierda la ciudad de Sefet, que significa «letra» o «belleza». El considera errónea y siniestra la ciencia falsa y condena la filosofía basada en cosas mundanas y en una belleza pasajera...

* * *

En el mismo libro de Tobías se lee que *Ana subió a la habitación superior de su casa, y allí por tres días y tres noches no comió ni bebió, sino que, perseverando en la oración, suplicó al señor con lágrimas* (Tb. 3,10-11).

Esta Ana, que se interpreta «gracia», como ave plumada, sube a las cosas superiores. De la misma manera el justo ora en el superior cenáculo de su mente. Igualmente Cristo ora en el monte y Daniel en el cenáculo. También Eliseo y Elías tienen cenáculos; y Cristo celebra la Pascua en un cenáculo.

Acerca de los tres días y tres noches (durante los cuales Ana ni comió ni bebió), ellos significan que el justo dirige sus plegarias a la santa Trinidad tanto en los momentos prósperos como en los adversos. Observa el orden de las palabras. Ante todo, Ana subió a la habitación superior; no comió ni bebió; perseveró en la oración; derramó lágrimas.

El que quiere volar, debe proceder con este orden. Ante todo, debe desprender y elevar el ánimo de las cosas terrenales; después, mortificar el cuerpo; perseverar en la oración; derramar lágrimas. Comenta la Glosa: «La oración aplaca a Dios; pero las lágrimas lo obligan. Aquella unge, ésta punza».

(XV domingo después de Pentecostés: II, 231-234).

12. Las virtudes del justo

La abeja es pequeña entre los seres alados, pero su producto tiene la primacía entre los dulces sabores (Ecli. 11,3).

La abeja, en latín «apis», está formada por la letra «a», privativa, que significa «sin», y por la sílaba «pie». Etimológicamente, según san Isidoro de Sevilla, «se llaman abejas, o porque nacen sin pies, o porque se ligan mutuamente con los pies».

En las ciencias naturales se dice que la abeja pequeña trabaja mucho más, tiene cuatro alas sutiles, y su color es negro casi quemado. Las abejas con muchos adornos son las perezosas, que viven solitarias por su cuenta, y no hacen nada bueno.

En cambio, las abejas hacendosas toman las flores de los sauces con las que untan la superficie de la colmena, y lo hacen para tener alejados los animales dañosos; y si los ingresos a la colmena son amplios, los restringen. Durante el invierno necesitan un lugar cálido, y durante el verano un lugar fresco. Y sienten cuando llegan el invierno y las lluvias, y lo hacen entender no saliendo de las colmenas, sino que vuelan dentro de las colmenas. Los apicultores deducen de ese hecho que está por llegar la lluvia.

Tres cosas son sobremanera perjudiciales a las abejas: el viento, el humo y los insectos. Cuando sopla un viento fuerte, en seguida los apicultores tapan los orificios de las colmenas para que no penetre el viento. Y como el humo da fastidio a las abejas, los que quieren sacar la miel, las fumigan antes. También hay insectos que les son muy dañinos. Las abejas robustas los matan y los sacan de las colmenas; en cambio, las abejas débiles los padecen y sufren daños. Analicemos las distintas características.

* * *

La abeja es el justo. Sus pies son los sentimientos de la caridad, que no le comunicó la naturaleza, sino la gracia, porque *todos por naturaleza somos hijos de la ira divina* (Ef. 2,3). Con esos pies los justos se ligan recíprocamente; por eso el apóstol Pablo exhorta: *Rivalicen en la estima mutua* (Rm. 12,10). Y en el Apocalipsis (10,1) se lee: *Los pies del ángel eran como columnas de fuego.* De manera similar, los sentimientos del justo o del cristiano deben ser columnas, para sostener la fragilidad de los demás y a la vez fuego, para encender en ellos el amor de Dios.

La abeja pequeña, o sea, el justo humilde, es la que trabaja más. David en el libro primero de los Reyes (17,36) dice: *Yo, tu siervo, maté un león y un oso.* El que se proclama siervo, se muestra humilde. En el león está representada la soberbia, y en el oso la lujuria. Cuánta fatiga cuesta matar en la propia persona estos dos vicios, lo sabe sólo el que lo experimentó. Y presta atención. En la Biblia se pone antes el león, porque no

se podrá vencer la lujuria de la carne, si antes no se doma la soberbia del corazón.

* * *

Las cuatro alas de la abeja pequeña representan las cuatro alas del justo: el no pensar demasiado en sí mismo, el desprecio del mundo, el celo por el prójimo, el anhelo del reino celestial. También las cuatro alas podrían simbolizar las cuatro virtudes principales, mediante las cuales el justo se desprende de la tierra y se eleva, mirando intensamente hacia el cielo.

Su color es negro casi quemado. En las Lamentaciones (4,8) se lee: *Su semblante se hizo más oscuro que el carbón, y ya no se los reconoce en las plazas.* El carbón apagado es el pobrecillo de Cristo. Su rostro se vuelve oscuro por el hambre y la sed, por la fatiga y el sudor; y es por esto que en las plazas, o sea, en los lugares donde triunfa el mundo, no se lo reconoce.

Las abejas, llenas de adornos, simbolizan a los religiosos que corren en pos de las vanidades y también a los hipócritas, que se jactan de su honestidad toda exterior y de la observancia de sus tradiciones. Viven de una manera individualista, procuran singularizarse, y así no llevan a cabo nada bueno, porque sólo anhelan agradar a los ojos de la gente.

* * *

Además, están las abejas hacendosas, que chupan las flores de los sauces, con las que untan la colmena. El sauce representa la amarga abstinencia, las vigilias y las lágrimas, con las que el penitente mortifica su cuerpo y de alguna manera lo unta, para protegerlo de las alimañas dañinas, que son la lujuria y las ocasiones de pecado. En cambio, los hombres carnales se untan con miel, o sea, con las dulzuras mundanas, y por eso son asediados y casi tapados por muchas moscas de malos pensamientos y de las tentaciones. Esas moscas huyen de los justos que se untan con la amarga abstinencia. *Nuestra carne no tuvo alivio alguno,* afirma el apóstol Pablo (2 Co. 7,5).

Y si los ingresos de la colmena, o sea, los sentidos del cuerpo, fueren amplios a causa de la lascivia o de la curiosidad, los restringirán, o sea, los frenarán. Cerrada la puerta de los sentidos, entra en la celda de tu conciencia y allí *ora a tu Padre celestial en secreto* (Mt. 6,6).

Y en el invierno, o sea, en el tiempo de las adversidades, les conviene un lugar cálido, o sea, un ánimo virtuoso, para no ser abatido por ellas; y en el verano, o sea, en el tiempo de la prosperidad, les conviene un lugar fresco, o sea, un ánimo sólido, para que el viento de la prosperidad no los infle o disuelva. El calor, en efecto, disuelva; y el frío, en cambio, restringe y solidifica.

Los justos conocen el invierno y el tiempo de las lluvias, o sea, prevén la tentación. Por esto Job habla del caballo, que representa al justo: *El caballo de lejos huele la batalla, los gritos de los jefes y el estrépito del ejército* (Jb. 39,25). Los jefes son las tentaciones engañosas, que, bajo apariencia de virtud, parece que exhorten a seguir la razón. El ejército es el estímulo de la carne, que aúlla reciamente como un lobo. Pero el justo, a través del olfato del discernimiento y de lejos, husmea uno y otro y así logra resguardarse de los dos.

Cuando el justo se da cuenta que la tentación está por llegar, no sale afuera a través de los sentidos del cuerpo, sino que se recoge en sí mismo, y allí se eleva en vuelo con la contemplación, como se lee en el libro de la Sabiduría (8,16): *Entraré en mi casa*, o sea, en mi conciencia, y *reposaré con la sabiduría.* Sabiduría deriva de sabor, que justamente se percibe en la contemplación.

* * *

A los justos hay tres cosas que sobre todo los perjudican. La primera es el viento de la soberbia; cuando sopla, los justos, que son los custodios de sí mismos, deben cerrar los orificios de las colmenas, o sea, los sentidos de sus cuerpos, para no sufrir daño. Es el viento del que habla Job (1,19): *«Un viento impetuoso irrumpió del lado del desierto y azotó las cuatro*

esquinas de la casa, que se desplomó sobre sus hijos, matándolos.

Job, que significa «el doliente», es el penitente; los hijos son sus obras; la casa, la conciencia; las cuatro esquinas, las cuatro virtudes; el desierto, la malicia del diablo. Cuando la soberbia irrumpe con vehemencia, sacude la conciencia; y la conciencia, sacudida, cae de su posición y, cayendo, aplasta las obras de la penitencia. *Antes de la caída el corazón del hombre se exalta; y la soberbia tiene en sí misma su ruina* (Pr. 18,12).

* * *

Igualmente el justo es perjudicado por el humo de la avaricia, que ciega los ojos de los sabios. Cuando los demonios quieren arrancar el dulce reposo de la mente, ponen ante los ojos el humo de la codicia. En el libro de los Jueces (9,48-49) se lee: *El rey Abimelec y toda su gente cortaron en el monte Salmón ramas de árboles, las pusieron junto a la fortaleza donde estaban encerrados varones y mujeres, les prendieron fuego; y a causa del humo y del fuego murieron mil hombres.*

El árbol es el mundo, y sus ramas son las riquezas y los placeres. Abimelec es el diablo, que es *el rey de todos los hijos de la soberbia* (Jb. 41,25). Acompañado de toda la multitud de demonios, corta del árbol del mundo riquezas y placeres, bajo las cuales coloca el fuego de la avaricia –¡ay de mí!– con el humo de la codicia mata miles y miles de varones y mujeres.

Los insectos, que perjudican a las abejas, son los atractivos de la carne o también los pensamientos impuros, que ocasionan daños a los hombres virtuosos; pero, si éstos son fuertes y firmes, lograrán arrojarlas de sí y matarlos; en cambio, si son débiles y afeminados, también sus obras serán débiles, porque están enervadas por malos pensamientos y por los atractivos de la carne.

* * *

La abeja es pequeña entre los seres alados. Estos seres ala-

dos son los santos, de los que dice Mateo (6,26): *Miren las aves del cielo,* ya que los santos con la contemplación se dirigen al cielo; *no siembran* la vanidad ni *cosechan* la tempestad, porque de esa semilla procede este fruto; y por esto *no amontonan* la condenación en los graneros infernales.

Entre estos volátiles está la abeja pequeña, o sea, el humilde penitente, que se juzga indigno de pertenecer a la categoría de los volátiles grandes, entre los cuales su vuelo es muy corto. Pese a todo, *su producto tiene la primacía entre los dulces sabores.* Le sucede lo que está escrito en el salmo (1,3): *Será como un árbol plantado junto a corrientes de agua, que da fruto a su tiempo y sus hojas no caen.*

Este árbol es el penitente, plantado junto a las corrientes de agua de las lágrimas o de abundantes gracias. Su raíz es la humildad; su tronco, que procede de la raíz, es la obediencia; sus ramas son las obras de caridad, que se extienden al amigo y al enemigo; sus hojas son las palabras de vida eterna; su fruto es la gloria del cielo, que tiene un comienzo, una fase intermedia y un fin sin fin, (o sea, que no acaba nunca). El comienzo de esta gloria celestial es la suavidad de la contemplación que el penitente puede saborear de muchas maneras; la fase intermedia es la paz del alma después de la muerte del cuerpo; y el fin sin fin es la doble glorificación del alma y del cuerpo en la bienaventuranza eterna. ¡Que el Señor, que es el bendito por los siglos, nos la conceda! ¡Amén!

(Fiesta de la Purificación de María: III,112-117)

13. Señor, mi corazón no halla paz hasta que descanse en ti

Jesús se apareció a los once discípulos, mientras estaban sentados a la mesa (Mc. 16,14).

Observa que Jesús, después de su resurrección, se apareció diez veces a sus discípulos. En el día de la resurrección se apareció cinco veces. La sexta vez se apareció a Tomás que estaba

con los demás discípulos, en la octava de su resurrección. La séptima fue junto al lago de Tiberíades; la octava, en el monte que El mismo había fijado; la novena y la décima, en el día de hoy, fiesta de la ascensión. Justamente en este día Jesús llegó a sus discípulos en Jerusalén y les dijo: *Permanezcan en la ciudad, hasta que sean revestidos de poder desde lo alto* (Lc. 24,49). Y comió con ellos. De este detalle se entiende que el mediodía ya había pasado; y ésta fue la novena aparición. Después los llevó afuera al monte de los Olivos, hacia Betania. Levantó los brazos y los bendijo. Y precisamente delante de sus ojos subió al cielo, sostenido por una nube luminosa. Esta fue la décima aparición.

Mientras los once discípulos estaban sentados a la mesa, Jesús se les apareció. Observa que el Señor se aparece a los discípulos «sentados»; o sea, el Señor se aparece a los que reposan en la paz y en la humildad del corazón. Isaías (66,2) lo proclama: *¿Hacia quién dirigiré la mirada? Hacia el pobre y el humilde de espíritu, y hacia quien tiembla a mi palabra.*

En el agua turbia y movida no se refleja el rostro del que mira. Si quieres que se aparezca en ti el rostro de Cristo que te mira, recuéstate y reposa. ¿Qué significa la exhortación: *Permanezcan en la ciudad, hasta que sean revestidos de poder desde lo alto?* Significa esto: estar tranquilos dentro de la propia conciencia, lejos del estrépito exterior.

En el segundo libro de los Reyes (7,1-2) se lee: *El rey David habitaba en una casa de cedro, y el Señor le dio paz de todos los enemigos que le rodeaban.* El cedro es un árbol alto, de agradable olor y de larga duración. Su olor hace huir a las serpientes y tiene la propiedad de dar frutos siempre, en invierno y en verano.

La casa de cedro es la conciencia del justo: alta por el amor a Dios, de agradable olor por la conducta honesta, de larga duración por la perseverancia. Con el olor de su pureza o de su devota oración hace huir a las serpientes, o sea, los movimientos carnales o a los demonios; y tanto en el invierno de las adversidades como en el verano de la prosperidad siempre produce el fruto de la salvación eterna.

Quien habita en esta casa, es de todas partes seguro de to-

dos sus enemigos, o sea, del diablo, del mundo y de la carne. Y está en paz, porque está revestido del poder que viene de lo alto, no de lo bajo, o sea, del mundo, porque el que se reviste del vestido del mundo fácilmente precipita en la guerra. El que se reviste de lo alto, del poder del Espíritu Santo, aniquila a los enemigos y obra virtuosamente...

* * *

Como el mundo consta de cuatro elementos, también el hombre, consta de cuatro humores, mezclados de tal modo que forman un todo único. Los antiguos consideraban al hombre como un mundo en pequeño, un microcosmos.

El hombre infeliz, desde el principio hasta el fin de su vida, está siempre en agitación y no reposa hasta que llegue a su lugar, o sea, a Dios. Por eso san Agustín dice: «Señor, nuestro corazón está inquieto hasta que repose en ti». El lugar del hombre es Dios, y por eso no puede haber paz para el hombre sino en Dios. Por eso a El debe retornar.

La vida del hombre está dividida en partes: la parte oriental, o sea, su nacimiento, la occidental, o sea, su muerte; el mediodía, o sea, la prosperidad; el septentrión o el viento aquilón, o sea, las adversidades. A este mundo debemos ir, según el mandato de Jesús: *Vayan por todo el mundo* (Mc. 16,15). De esa manera podrán considerar cuáles fueron en su nacimiento, cuáles serán en su muerte, cuáles son cuando les sonríe la prosperidad o les sobreviene la adversidad. Así se darán cuenta si la prosperidad los engríe o la adversidad los abate.

De esta cuádruple reflexión proviene una cuádruple utilidad: el mirar desde lo alto la propia existencia, el relativizar el valor de las cosas, mesura y firmeza para no enorgullecerse y paciencia para no perderse de ánimo.

Es, pues, buena cosa ir por el mundo entero y predicar el evangelio a toda criatura. Dice el apóstol Pablo en la segunda carta a los corintios: *Si alguno está en Cristo, es una criatura nueva. Las cosas viejas pasaron; y he ahí que nacieron cosas nuevas* (2 Co. 5,17). Y en el Salmo (101,19): *Un pueblo nuevo*

dará alabanza al Señor. Y en Isaías (65,18-19): *Se gozarán y se alegrarán para siempre por lo que voy a crear. Traeré a Jerusalén alegría y a su pueblo gozo.*

¿Qué es crear? Es hacer algo de la nada. Nada es el hombre, cuando se halla en el pecado mortal, porque Dios, que de veras es, no se halla en él por la gracia. Por eso, dice san Agustín, «nada llegan a ser los hombres, cuando pecan». Pero cuando con la gracia de Dios el pecador se convierte a la penitencia, he aquí que en él se crea una nueva criatura, o sea, una conciencia nueva y pura. Esta es la Jerusalén, «la pacífica», que exulta en la misericordia, que Dios le concede. Y se crea también un pueblo de muchos buenos sentimientos y pensamientos, que contienen el gozo y la alabanza de Dios, derivados de la misma dulzura divina, que ellos saborean de antemano.

Entonces las cosas viejas, o sea, las acciones y la conducta arraigadas en los cinco sentidos, pasan y se alejan; y se renuevan en cristo, para que *el hombre ya no viva para sí mismo, sino para Aquel que murió y resucitó por él* (2 Co. 5,15).

Esta es la gracia que renueva a toda criatura, que renueva tanto al hombre interior como al exterior. Es ésta la criatura a la que debemos predicar el Evangelio, o sea, anunciar los bienes nuevos. El vocablo griego «Evangelio» significa «buen anuncio». Anuncia los nuevos bienes a toda criatura aquel que viene virtuosamente tanto en su interior como en su exterior. Predica el Evangelio del reino a toda criatura aquel que en lo íntimo de su corazón devotamente considera cuán grande será aquella felicidad de mirar, junto con los bienaventurados espíritus, el rostro del Creador y sin fin alabarlo con ellos; vivir siempre con El, que es la vida, y gozar continuamente de una dicha inefable.

(Ascensión del Señor: III, 237-238; 240-241)

14. Oración y contemplación

1. Escribiendo a Timoteo (I. 2,1), el apóstol Pablo le mues-

tra el orden del pedir y suplicar: *Recomiendo que se hagan súplicas, oraciones, peticiones y acciones de gracias.*

Entre los ejercicios espirituales, la *súplica* es una apasionada instancia a Dios, ya que sin la ayuda de la gracia divina nuestro esfuerzo mental es sólo un acrecentarse de sufrimientos.

La *oración* es una afectuosa adhesión del hombre a Dios, es una conversación íntima y piadosa y un descanso del alma iluminada para gozar de Dios hasta que le está concedido.

La *petición* es la solicitud de obtener las cosas temporales, necesarias para esta vida; sin embargo, Dios, aun aprobando la buena voluntad del que pide, hace lo que juzga mejor y da de buena gana al que bien implora. Desear la tranquilidad y la paz, la salud física, el aire sano y las demás cosas relacionadas con las exigencias y necesidades de esta vida, lo hacen también los impíos y los mundanos; pero quien los pide con fe, lo hace sólo impulsado por la necesidad y con plena sumisión de su voluntad a la de Dios. Pues bien, en la oración, podemos exponer nuestros deseos con fe y devoción, pero sin apegarnos tenazmente a las peticiones, porque no sabemos nosotros sino que lo sabe nuestro Padre celestial lo que, de entre estos bienes temporales, nos sea necesario.

Finalmente, la *acción de gracias* consiste en comprender y penetrar la gracia de Dios y su beneplácito, guardando incansable la intención dirigida a Dios. Esta es la caridad que jamás falla, la oración ininterrumpida de que habla el apóstol (I Ts. 5,17): *Oren sin interrupción y agradeciendo siempre.* (I. 337-338).

* * *

Tripe es la oración: mental, vocal y manual. De la primera dice el Eclesiástico (35,21): *La oración del humilde penetra el cielo.*

De la segunda dice el Salmo (87,3): *Llegue a tu presencia mi oración.*

De la tercera dice el apóstol Pablo (1 Ts. 5,17): *Oren sin*

interrupción. Efectivamente no deja de orar el que no deja de hacer el bien.

Con razón insiste el Salmo (26,7): *Escucha, Señor, mi voz, con que clamo a ti,* la voz del corazón, de la boca y de la obra. (I,363).

* * *

Seis cosas son necesarias para la oración: el aroma de la devoción interior, el gozo en la tribulación, las lágrimas de la compunción, la mortificación de la carne, la pureza de la vida y la limosna.

Estas características están ponderadas en el Génesis (43,11), donde Jacob dice a sus hijos: *Vayan y lleven a José unos dones: bálsamo y miel, incienso y mirra, resina y almendras.*

El *bálsamo* es el aroma de la devoción interior, como se lee en el Eclesiástico (24,21): *Mi aroma es como bálsamo puro,* símbolo de una devoción pura, no falsificada por doblez de corazón.

La *miel* es el gozo en la tribulación. Leemos en el Deuteronomio (32,13): *Chuparon la miel de la roca.* La roca es la dureza de las adversidades y de la tribulación. Chupa la miel de la roca el que recibe con mente suave las durezas de las adversidades...

El *incienso* es la oración, como bien dice el Salmo (140,2): *Mi oración, Señor, suba a tu presencia como incienso.* Es de la pureza de la vida que se eleva el incienso de una oración pura. Dice el Eclesiástico (24,21): *Despedí el aroma como el líbano sin incisión.* El líbano, que es un árbol, representa a aquellos cuya vida está totalmente entregada a la oración. Su mente no tiene que estar dividida en la oración, teniendo una cosa en la boca y otra en el corazón, porque la mente dividida no impetra. Deben esforzarse por ser íntegros, para que su lengua esté en armonía con el corazón; y así habrá una dulce melodía en los oídos del Señor...

La *mirra* es la mortificación de la carne. De ella se dice que Judit (10,3) *lavó su cuerpo y se perfumó con mirra de gran*

precio. El penitente debe lavarse en la confesión y perfumarse con la mortificación de la carne en reparación de los pecados cometidos...

La *resina* es la lágrima del árbol y simboliza las lágrimas que manan de lo hondo del corazón. Dice el Señor a Ezequías: *He escuchado tu oración y he visto tus lágrimas* (Is. 38,5). Y en otro lugar: *Te regaré con mis lágrimas, oh Hebsón y Eleale* (Is. 16,9). Hebsón significa «cordón de tristeza» o «pensamiento de duelo», y Eleale significa «subida»; y representan a los penitentes, que deben ceñirse de tristeza y de duelo, para que puedan subir a la casa del Señor. Por su parte el Señor embriaga con las lágrimas de su pasión las almas de los penitentes; y lo hace El que se ofreció a sí mismo a Dios Padre con fuertes clamores y lágrimas. Las embriaga, para que, olvidando las cosas temporales, se lancen a las realidades futuras...

El fruto del almendro, que florece durante el invierno, es la limosna de la que cada uno ha de florecer en el invierno de la vida presente. Dice el Eclesiástico (4,1): *Hijo, no defraudes la limosna al pobre.* Dicen bien: *No defraudes,* porque el fraude se comete contra la propiedad ajena; y el que para sí retiene algo más allá de lo necesario, debe convencerse que está hurtando lo ajeno...

Estas seis dotes señalan una oración verdadera y pura, que sube hasta los oídos de Dios y alcanza todo lo que pide (II, 51-55).

* * *

Humilla tu espíritu delante de Dios, porque, como dice el Eclesiástico (35,21): *La oración del humilde traspasa las nubes; y mientras no llegue a su destino, no será consolado.* Orígenes: «Vale más un santo orando que innumerables pecadores combatiendo. La oración del santo traspasa el cielo, ¿cómo no podrá vencer al enemigo aquí en la tierra?» San Agustín: «Gran poder tiene la oración pura que, como una persona, entra en la presencia de Dios y lleva a cabo sus mandatos, allí donde la carne no puede llegar». San Gregorio: «En verdad,

orar no es hacer resonar palabras, sino amargos gemidos de compunción».

Humilla, pues, tu espíritu, porque todo el que se humilla, será ensalzado. Dice el Eclesiástico (11,13): *El Señor los saca de su miseria y les levanta la cabeza* de la tribulación; *y por eso muchos se admiran.*

Te pedimos, Señor Jesús, que grabes el sello de tu humildad en nosotros y en el tiempo de la extrema necesidad nos exaltes a tu derecha. Lo lograremos con la ayuda de ti, que eres el Dios bendito por los siglos de los siglos. ¡Amén! (II,76).

* * *

El árbol del incienso es inmenso y ramoso, de corteza sutil, y despide un jugo aromático como de almendra. El incienso puede ser adulterado con mezclas de resina o de goma; pero se lo reconoce, gracias a sus propiedades, ya que, puesto sobre las brasas, arde, mientras que la resina humea y la goma se licua.

El árbol del incienso es la oración devota, inmensa por la contemplación, ramosa por la caridad fraterna, porque ora tanto por el amigo como por el enemigo; de corteza sutil, por la benevolencia que demuestra; despide un jugo aromático de lágrimas y exhala una fragancia en presencia de Dios. Estas lágrimas son alimento de los pecadores, como la leche de las almendras es alimento de los enfermos. El orante se golpea el pecho, y la devoción sube a Dios (III, 74-75).

* * *

El hombre contemplativo muere al mundo y se aleja del alboroto humano: es como si se sepultara. Se lee en Job (5,26): *Llegarás a la tumba cargado de años, como a su tiempo se recogen las gavillas de trigo.* En la abundancia de la gracia que se le comunicó, el justo entra en el sepulcro de la vida contemplativa, como a su tiempo un montón de trigo se lleva al granero. Después de haber apartado con el soplo la paja de las cosas temporales, su mente se recupera en el granero de la ce-

lestial contemplación; y una vez restablecida, se sacia con aquella dulzura (I,9).

* * *

Acerca del gusto de la contemplación, el profeta David dice (S. 33,9): *Saboreen y vean cuán suave es el Señor.* Mediten, pues, en la felicidad de la Jerusalén celestial, la glorificación de las almas santas, la gloria inefable de la dignidad de los ángeles, la dulzura perenne de la Trinidad y Unidad.

Igualmente, mediten en la gran gloria que se disfrutará, al estar junto a los coros de los ángeles, alabando a Dios con ellos y con voz incansable, contemplar el rostro presente de Dios, admirar el maná de la divinidad en el cofre de oro de la humanidad.

Si saborean bien estas cosas, de veras, de veras, verán cuán suave es el Señor. ¡Dichosa aquella alma que está embellecida y enriquecida con tales sentimientos!...

Sin embargo, en la contemplación es necesario el discernimiento, para no saborear de la sabiduría celestial más de lo que es necesario (Rm. 12,3). Salomón dice en los Proverbios (25,16): *Hijo, ¿has hallado la miel,* o sea, la dulzura de la contemplación? *Come lo que te basten no sea que, harto, tengas que vomitarla.* Vomita la miel el que, no contento con la gracia que gratuitamente se le concedió, desea indagar con la razón humana la dulzura de la contemplación, no recordando que *Raquel murió al dar a luz a Benjamín* (Gn. 35,17-19). Benjamín simboliza la gracia de la contemplación, Raquel la razón humana. Mientras la mente, elevada en la contemplación por encima de sí, vislumbra algún rayo de los fulgores de la divinidad, la razón humana desfallece. Ricardo de San Víctor afirmó que «nadie subió con la razón humana allí donde el apóstol Pablo fue arrebatado» (I, 94-95).

* * *

Job habla de la contemplación, cuando dice: *«Señor, yo te*

conocía sólo de oídas; pero ahora te han visto mis ojos» (Jb. 42,5).

Sin embargo, no vas a ver a Dios, si no eres obediente. Obedece, pues, con afectuoso corazón, para que veas con el ojo de la contemplación. Dice el Eclesiástico (17,7): *Dios puso el ojo sobre el corazón,* y lo hace cuando infunde la luz de la contemplación en aquel que obedece de corazón. Dice Zacarías (9,1): *El Señor es el ojo del hombre y de todas las tribus de Israel...*

Mientras el primer hombre obedeció en el Edén, el Señor fue su ojo; pero cuando se volvió desobediente, no fue Dios sino el diablo su ojo cegatoso...

Todas las tribus de Israel son los penitentes que, obedeciendo de corazón a sus prelados, llegan a ser el verdadero Israel, o sea, llegan a ver a Dios (II,92-93).

* * *

El Eclesiástico (15,3) dice: *El Señor lo alimentó con el pan de la vida y de la inteligencia.* Es doble la dulzura de la contemplación: en el afecto y en la ciencia. Esta sucede en la elevación de la mente, aquélla en la alineación de la mente.

La elevación de la mente se da cuando la vívida inteligencia, irradiada por la divinidad, trasciende los límites de la capacidad humana, pero sin llegar a una alineación de la mente, porque ve la realidad trascendente pero sin salir del invólucro de sí misma o de sus actividades ordinarias.

La alineación de la mente se da cuando decae de la mente el recuerdo de las cosas presentes, y pasa, gracias a una transfiguración obrada por Dios, a un estado totalmente nuevo o inaccesible a las fuerzas humanas.

El que se alimenta y fortifica con tal alimento, muy bien puede anunciar a Jesús o darle gracias, en conformidad con lo que dice el Salmo (21,27): *Coman los pobres y sean saciados, y alaben al Señor* (III,97).

15. Busquen ante todo el reino de Dios y su justicia

Jesús recomienda la perseverancia en la oración, cuando dice: *Pidan y les será dado* (Lc. 11,9). Y el profeta Zacarías (10,1): *Pidan al Señor la lluvia tardía, y el Señor enviará las nieves, y les dará lluvia abundante y a cada uno la hierba de los campos.*

En la nieve, blanca y fría, se representa la pureza de la castidad; en la lluvia abundante, el arrepentimiento y la devoción acompañados de lágrimas; en la hierba, la compasión por las necesidades de los hermanos, que siempre debe florecer en el campo de nuestro corazón. Estas tres cosas debemos pedir al Señor, y aunque no sea en el tiempo oportuno, hagámoslo por la tarde, o más tarde, porque *ante todo debemos buscar el reino de Dios y su justicia* (Mt. 6,33; Lc. 12,31).

Los hombres mundanos piden intempestivamente las cosas terrenales y por último las eternas. En cambio, deberían comenzar con las cosas del cielo, *ya que allí está nuestro tesoro y ahí debería estar nuestro corazón* (Mt. 6,21). Así debería ser nuestra petición.

Busquen y hallarán (Lc. 11,9). Por eso la esposa en el cantar (3,2) dice: *Me levantaré y giraré por la ciudad. Por las calles y las plazas buscaré al que ama mi corazón.*

La ciudad es la patria celestial, en la que hay calles y plazas, o sea, órdenes angélicos mayores y menores. El alma, elevándose de las cosas terrenales, gira por esos órdenes angélicos; y mira el ardiente amor de los serafines hacia Dios y contempla la divina sabiduría de los querubines; y así pasa de un orden a otro, entre los cuales busca a su esposo. Pero, ya que El está por encima de todos, no lo encuentra. Por lo tanto, a través de la contemplación, debe ir más allá de los espíritus celestiales, que están siempre velando, hasta poder hallar a su esposo dilecto.

Busquen, pues, *y hallarán.* Dice el profeta Sofonías (2,3): *Busquen al señor todos ustedes, los pobres de la tierra, que llevan a cabo sus órdenes. Busquen la justicia, busquen la humildad. Así hallarán un refugio en el día de la ira del Señor.* Y el profeta Amós (5,,4-5): *Busquen al Señor y vivirán. No busquen a Betel, ni vayan a Gilgal, ni pasen por Berbsebá.*

Los hijos de Israel labraron becerros de oro y los pusieron en Betel, para que fuesen adorados. En el oro se representa el esplendor de la gloria temporal; en el becerro, la sensualidad de la carne. No entren en Gilgal, que se interpreta «el barro de la lujuria», en el que se revuelcan los puercos. Ni pasen por Bersebá, que quiere decir «séptimo pozo», y se interpreta «vorágine de codicia» sin fondo, así como no se lee que el séptimo día tenga fin. *Busquen,* pues, *al Señor, mientras puede ser hallado, e invóquenlo, mientras está cerca* (Is. 55,6).

El Señor añade: *Llamen y se les abrirá* (Lc. 11,9). Se lee en los Hechos de los Apóstoles (12,16): *Pedro seguía llamando y, cuando le abrieron la puerta y lo vieron, quedaron atónitos.* Pedro, liberado de la cárcel por medio de un ángel, representa al hombre que por medio de la gracia es sacado fuera de la cárcel del pecado. Este debe llamar con perseverancia a la puerta de la curia celestial; y entonces los ángeles le abrirán y ofrecerán en la presencia de Dios su devota oración. El estupor que los ángeles experimenten es *el gozo que ellos sienten por un pecador que se arrepiente* (Lc. 15,10).

(En las Rogativas: III,225-227)

16. Fructificar para la vida eterna

Busquen ante todo el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás les será dado por añadidura (Mt- 6,33).

El reino de Dios es el bien sumo y por eso hay que buscarlo. Se lo busca con la fe, esperanza y caridad. La justicia del reino de Dios consiste en observar todo lo que Cristo nos enseñó. Buscar este reino significa realizar plenamente con las obras la justicia del reino de Dios.

Busquen, pues, ante todo el reino de Dios; o sea, prefiéranlo a todas las cosas; y todo ha de ser buscado en función de este reino; y todo lo que pedimos debe servir para este fin; y si no se pide eso, nada se pide.

Observa que se dice: Y todo lo demás les será dado por

añadidura. La razón es que todas las cosas pertenecen a los hijos, y por eso todo ello se les da por añadidura, aunque no lo busquen. Pero si estas cosas son sustraídas a los hijos, se hace para ponerlos a prueba; y si se les dan, se hace para que digan su acción de gracias. Para ellos todo coopera para el bien.

Acerca de este reino concuerda el libro de Tobías (13,17): *Las puertas de Jerusalén se construirán con zafiro y esmeralda, y todos sus muros con piedras preciosas. Y todas sus plazas serán enlosadas con piedras puras y blancas; y por sus calles se cantará el «Aleluya». ¡Bendito sea el Señor que la exaltó, y su reino sobre ella sea por los siglos de los siglos! ¡Amén!*

Observa que hay tres Jerusalén: una alegórica, y es la Iglesia militante; una moral, y es el alma fiel; y una anagógica, y es la Iglesia triunfante. hablaremos de cada una de ellas.

La Jerusalén alegórica. En el pasaje de Tobías se habla de cuatro piedras: zafiro, esmeralda, piedra preciosa, piedra dura y blanca. Estas cuatro piedras simbolizan los cuatro órdenes de la Iglesia militante: los apóstoles, los mártires, los confesores y las vírgenes.

El zafiro, que se asemeja a un cielo sereno, simboliza a los apóstoles que, despreciando las cosas terrenales, merecieron decir: *Nuestra patria es el cielo* (Fl. 3,20).

La esmeralda, «que es de un verde tan intenso que supera el verde de todas las hierbas y matiza de verde tanto el aire circunstante como los semblantes de los que la miran» (San Isidoro), simboliza a los mártires que, con su sangre copiosamente derramada, regaron en el huerto de la Iglesia las almas plantadas por la labor de los apóstoles, para que perseveraran en el lozano verde de la fe. Pues bien, con el zafiro de los apóstoles y con la esmeralda de los mártires se edificaron las puertas dela Iglesia militante, para que por medio de ellos fuese visible y fácil el ingreso en el reino de Dios.

La piedra preciosa simboliza a los confesores, que contra los herejes se erigieron a sí mismo como muro, para defender la casa de Israel.

La piedra pura y blanca simboliza a las vírgenes, fulgurantes por pureza interior y candor exterior, las cuales con la humildad y con el martirio se postraron delante del Señor. Gra-

cias a sus ejemplos, las plazas, que significan «amplitud» y representan a los fieles, se ensanchan. Y los fieles, dilatados y recubiertos por la caridad, se inclinan para someterse al Señor.

* * *

La Jerusalén moral. En el zafiro se designan la indiferencia para las cosas visibles y la contemplación de las invisibles; en la esmeralda, el arrepentimiento y la confesión de los propios pecados, acompañados de lágrimas. Con estas dos piedras se edifican las puertas del alma, por las que entra la gracia del Espíritu Santo. Por aquellas dos puertas se entra y se sale para gustar la suavidad de Dios, para mirar a su alrededor y cautelarse, y para despreciar las cosas de este mundo.

En la piedra preciosa se representa la paciencia que es el muro del alma, que la fortalece y defiende de toda conmoción.

La piedra pura y blanca representa la castidad y la humildad, que deben alfombrar los pensamientos y los sentidos del corazón; y entonces por las calles, que son los sentidos del cuerpo, se cantará el «Aleluya», o sea, la alabanza de Dios. Resulta una dulce sinfonía, cuando la operación de los sentidos va de acuerdo con la pureza de los pensamientos.

* * *

La Jerusalén espiritual o anagógica. El zafiro es signo de la indescriptible contemplación de Dios Uno y Trino. En la esmeralda, que impresiona los ojos, se representa la gozosa visión de toda la Iglesia triunfante; en la piedra preciosa, el eterno disfrute de la felicidad del cielo; en la piedra pura y blanca, la glorificación de la doble estola, del alma y del cuerpo.

Cuando los santos tengan todo esto, entonces por las calles de Jerusalén cantarán el «Aleluya». Por las calles entendemos las moradas celestiales, de las que habla el Señor: *En la casa de mi Padre hay muchas moradas* (Jn. 14,2). En ellas los santos cantan con voz incesante: Aleluya, alabanza y gloria.

¡Bendito sea Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, que elevó la Iglesia militante a Iglesia triunfante! Esta Iglesia es su reino,

en el que reina por la eternidad. ¡Amén! De este reino habla el Evangelio: *Busquen ante todo el reino de Dios.*

* * *

Con este tercer aspecto concuerda el pasaje de la epístola de san Pablo a los gálatas (6,8): *El que siembra en el Espíritu, del Espíritu cosechará vida eterna.* Esta es la Jerusalén edificada con piedras preciosas. Este es el reino de Dios, que andamos buscando cuando sembramos en el Espíritu. Y sembrar en el Espíritu es buscar la justicia del reino de Dios, de que sigue hablando Pablo: *No nos cansemos de hacer el bien; si no desistimos, a su tiempo cosecharemos* (Ga. 6,9). Entonces con voz incesante por las calles de Jerusalén cantaremos el «Aleluya».

Roguemos, pues, hermanos, al Señor Jesucristo, que nos conceda la gracia de buscar su reino y de construir en nosotros una Jerusalén moral. Con ello mereceremos llegar a la Jerusalén celestial y por sus calles cantaremos el «Aleluya» con los ángeles y santos. ¡Que nos ayude aquel Señor, cuyo reino permanece por los siglos de los siglos y toda alma, como una Jerusalén moral, diga: ¡Amén! ¡Aleluya!

(XV domingo después de Pentecostés: II,241-244.

17. Con Cristo en la eternidad

1. Nuestra alma será *oro puro, semejante a cristal puro* (Ap. 21,18). ¿Hay algo más espléndido que el oro y más puro que el cristal? Y en la resurrección general, ¿puede haber algo más espléndido y puro que el alma del hombre glorificado? Entonces, *cuando nuestro cuerpo mortal se revista de la inmortalidad y nuestro cuerpo corruptible se revista de la incorruptibilidad* (I Co. 15,53-54), el Señor curará nuestras llagas, con que fuimos castigados por la desobediencia del primer padre.

En aquella resurrección general, el paraíso del Señor, o sea, nuestro cuerpo glorificado, brillará por cuatro dotes; esplendor, sutileza, agilidad e inmortalidad, simbolizados por los cuatro ríos del paraíso terrestre; Fisón, Guijón, Tigris y Eufrates (Gn. 2,10-24). El Pisón simboliza la luminosidad de la resurrección, en la que, después de tanta fealdad y oscuridad, seremos transformados a semejanza del sol, como lo señala Jesús: *Entonces los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre* (Mt. 13,43). El Guijón simboliza la sutileza. Como el pecho del hombre no se quebranta, ni sufre daños, ni se abre ni padece dolores cuando los pensamientos salen del corazón, así el cuerpo glorificado gozará de tal sutileza que nada le será impenetrable; y al mismo tiempo esa sutileza permanecerá infrangible, cerrada, indisoluble y sólida, como acaeció al cuerpo glorificado de Cristo, que entró en el cenáculo, donde estaban los apóstoles, a puertas cerradas.

El Tigris, que significa «flecha», simboliza la agilidad, muy bien representada por la agilidad de la flecha. En fin, el Eufrates simboliza la inmortalidad, en la que nos *embriagaremos con los bienes de la casa de Dios* (S. 35,9). Trasplantados como el árbol de la vida en el medio del paraíso, daremos frutos de eterna saciedad y jamás sentiremos hambre por toda la eternidad (I,223).

* * *

2. *Su gozo celestial nadie podrá quitárselo* (Jn. 16,22). Y Juan en el Apocalipsis (22,14): *El ángel me mostró el río de agua viva, espléndido como cristal, que brotaba del trono de Dios y del Cordero.* El río simboliza la perpetuidad del gozo celestial; el agua viva la saciedad; el cristal brillante, la luminosidad; el trono de Dios y del Cordero, la humanidad glorificada del Dios-Hombre. *Este es su gozo, que nadie les podrá arrebatar* (Jn. 16,22).

Del río de la perpetuidad, dice el Señor en Isaías (48,8): *¡Ojalá guardaras mis mandamientos! Tu paz y prosperidad serían como un río.* El río tiene aguas perennes. Oh hombre, si

guardas los mandamientos del Señor, gozarás perpetuamente de paz y de seguridad.

De la saciedad del agua viva se habla en el Salmo (35,10): *En ti está la fuente de la vida,* una fuente que jamás sufrirá merma, una fuente que apagará la sed de todos; y *el que beba de ella, no tendrá sed eternamente* (Jn. 4,13).

De la luminosidad se habla en el Apocalipsis (21,23): *La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que la iluminen, porque la ilumina la gloria de Dios, y su lámpara es el Cordero,* o sea, el Hijo de Dios. De su trono, o sea, de su humanidad, en la cual se humilló la divinidad, proceden una luz sin fin, el agua viva de la eterna saciedad, y el cristalino esplendor de la gloria divina.

Entonces *Dios será todo en todos* (I Co. 15,28), todos compartirán la única remuneración y darán gracias al verbo encarnado, porque por medio de El llegaron a ser inmortales, saciados, esplendentes y dichosos (I,291-292).

* * *

3. En ese gran banquete comeremos alimentos excepcionales, o sea, aquellos frutos que recogieron los hijos de Israel de la Tierra Prometida (Rm. 13,24): uva, higos y granadas. La uva, de la que se extrae el vino, simboliza la felicidad que gustarán los santos en la contemplación del Verbo Encarnado. Los hombres verán a Dios-hombre, mientras los ángeles no verán a Dios-ángel, y verán la humanidad de Cristo exaltada sobre los ángeles. *Me gozaré,* pues, *en el Señor y exultaré en mi Jesús* (Hab. 3,18),, de ese Jesús, que para salvarme, me tomó a mí mismo de mí, o sea, de mi carne, y la elevó por encima de los coros de ángeles.

El higo, el más dulce de los frutos, simboliza la dulzura que gozarán los santos en la contemplación de toda la Trinidad. Lo dice el profeta David (S. 30,20): *¡Qué grande es, Señor, tu dulzura, que guardas para los que te aman!...* La tienes escondida, para que la busquemos con mayor fervor y, buscándola la hallemos, hallándola la amemos con gran dulzura y amándola la poseamos eternamente. No se puede expresar con pala-

bras lo que nos tiene preparado. Con razón escribe el apóstol Pablo (1 Co. 2,9), que *ningún ojo lo vio,* porque está escondido; *ni ningún oído oyó,* porque mora en el silencio y no podemos oírlo; *ni penetró en corazón de hombre,* porque es incomprensible.

La granada simboliza la unidad y la diversidad de premios de la Iglesia triunfante. Como en la granada el conjunto de los granos está protegido por una única cáscara y cada grano tiene a su vez un alveolo distintos: así en la vida eterna todos los santos gozan de una misma gloria y, sin embargo, cada uno recibe mayor o menor merced, según su propio trabajo...

Roguemos, hermanos queridísimos, al Señor Jesucristo, que nos introduzca a la cena de la penitencia y de ésta nos transfiera al banquete de la gloria celestial. Lo lograremos con la ayuda de Aquel, que es bendito y glorioso por los siglos de los siglos. ¡Amén! (I, 420-421 y 423).

* * *

4. *Recibirán en su seno una medida bien llena, apretada, sacudida y rebosante* (Lc. 6,38). Hay una triple medida; de fe, de penitencia y de gloria.

La medida de la fe está bien llena en la recepción de los sacramentos; apretada, o colmada, en el ejercicio de las obras buenas; sacudida, al soportar persecución o martirio por el nombre de Cristo; rebosante, en la perseverancia final.

La medida de la penitencia está bien llena en la contrición, en la que se conoce la bondad de Dios; apretada en la confesión, que hay que hacer de modo completo; sacudida en la reparación y rebosante en la remisión de toda la culpa y en la pureza de la mente...

Acerca de la medida de la gloria, se pueden entender las cuatro dotes del cuerpo glorioso: la agilidad, la sutileza, la luminosidad y la impasibilidad. Por cierto, los cuerpos serán más luminosos que el sol, más ágiles que el viento, más sutiles que las chispas, y no padecerán daño alguno.

El Señor manifestó la luminosidad en el monte Tabor; la agilidad caminando sobre las olas del mar; la sutileza, al ale-

jarse de la gente pasando en medio de ellas; la impasibilidad, al ser asumido por los discípulos bajo las especies del pan, sin sufrir algún daño.

Igualmente, utilizando otros textos de la Escritura (Sb. 3,7; Ecli. 44,14), se podría decir: *Los justos resplandecerán:* he aquí la luminosidad; *y como chispas:* he ahí la sutileza; *saltarán en el cañaveral:* he ahí la agilidad; *sus nombres vivirán eternamente:* he ahí la impasibilidad, ya que no pueden morir, ni sufrir merma.

Se podría también explicar así: la *medida bien llena,* es el gozo sin dolor; *apretada,* plenitud sin huecos; *sacudida,* solidez sin disolución, porque lo que se sacude llega a ser sólido; *rebosante,* o sea, amor sin simulación, porque en el cielo uno gozará del premio del otro, y así el amor rebosará.

En su seno. Seno, o ensenada, o puerto, significa el reposo de la vida eterna, en la que los santos, liberados de las tempestades de este mundo, serán recibidos como en la tranquilidad del puerto.

O también: como un parvulillo, llorando, regresa al seno de su madre, que, acariciándolo, seca sus lágrimas, así los santos, del llanto de este mundo, retornarán al seno de la gloria, en la que *Dios enjuagará toda lágrima de cada rostro* (Ap. 7,17). (I,466; 468-469).

* * *

5. Oh alma, si antes eres penitente, después verás lo que ningún ojo vio, como lo pondera Isaías (64,4): *Ningún ojo vio, oh Dios, fuera de ti, lo que preparaste para los que confían en ti.* Entonces de veras podrás ver, porque contemplarán a Aquel que lo ve todo.

Verás la sabiduría de Salomón, como se lee en el libro tercero de los Reyes (10,4-5) acerca de la reina de Saba; y también verás el palacio real, que él edificó en Jerusalén, y los manjares de su mesa...

Saba significa prisionera»; y tú también, oh alma, eres ahora prisionera, pero entonces serás reina... Gozarás de abundantes delicias y riquezas: o sea, la glorificación del alma y del

cuerpo. Tu corazón admirará la belleza de la Jerusalén celestial, la felicidad de los ángeles, la corona inmarcesible de todos los santos. Así tu corazón se dilatará de indecible gozo y de inefable júbilo (II,35).

* * *

6. Juan en el Apocalipsis (21,18) dice que la ciudad de Jerusalén es *de oro puro, semejante al cristal.*

En un frasco de cristal, cualquier líquido aparece por fuera lo que es por dentro. Ese oro y ese cristal simbolizan en la excelsa patria a la familia de los santos, que resplandecerán con el fulgor de la felicidad y ya no existirá la opacidad de los cuerpos que esconda de los ojos ajenos la mente de cada uno. Para los que ven la claridad de Dios, nada sucederá en cualquier criatura de Dios que ellos no puedan ver (II,305).

* * *

7. En la resurrección, todo elegido resucitará a la gloria sin ningún vicio ni ninguna deformidad. Serán desterradas toda dolencia, toda lentitud, toda corrupción, toda necesidad y cualquier otra cosa que no sea digna de aquel reino del Sumo Rey. Allí *los hijos de la resurrección y de la promesa serán iguales a los ángeles de Dios* (Lc. 20,36). Entonces habrá una verdadera inmortalidad.

Poder no morir fue la condición primitiva del hombre; pero a causa de los pecados le tocó la pena de no dejar de morir; en cambio, en aquella felicidad se manifiesta la tercera condición: no poder morir. Entonces el albedrío será plenamente libre, mientras al primer hombre fue dado condicional (o en medida parcial): podía no pecar; pero inmensamente más gozosa será la situación celestial, la de no poder pecar. ¡Oh día venturoso, en el que todos los males serán extirpados (y todos los bienes otorgados! (III,58).

* * *

8. Dice Jesús: *En la casa de mi Padre hay muchas moradas* (Jn. 14,2). Toma una granada. Todos sus granos están cubiertos por una sola corteza y, sin embargo, cada grano tiene su alveolo particular. Así en aquella gloriosa eternidad habrá una única morada, una única recompensa, una única y la misma medida de vivir; pero cada uno tendrá su celda propia, ya que en la misma eternidad son distintas las dignidades: uno es el esplendor del sol, otro el de la luna y otro más el de las estrellas.

Con todo, a pesar de estos distintos esplendores, la alegría será igual, porque gozaré de tu bien como del mío, y tú del mío como del tuyo. He aquí una comparación. Estamos juntos y yo tengo en mi mano una rosa. La rosa es mía; y, sin embargo, tú gozas de su belleza y de su fragancia, como lo gozo yo. De manera semejante, en la vida eterna, mi gloria será tu gozo y tu júbilo; y viceversa.

En ese fulgor será tan grande la luminosidad de los cuerpos, que yo podré mirarme en tu rostro como en un espejo, y tú podrás mirarte en mi rostro, y de ello brotará un amor inefable. Dice san Agustín: «¿Qué amor brotará, cuando cada uno verá su rostro en el rostro de los hermanos, como aquí abajo vemos el uno el rostro del otro?» En ese esplendor todo será luminoso, nada permanecerá oculto a los demás, nada será oscuro.

En el Apocalipsis (21,18) leemos: *La ciudad de Jerusalén será oro puro, semejante a cristal puro.* Jerusalén es llamada oro puro por el esplendor de los cuerpos glorificados, que serán semejantes a cristal puro. Como cualquier cosa que esté contenida en el cristal puro se manifiesta claramente por fuerza, así en esa visión de paz estarán recíprocamente patentes todos los secretos del corazón, y por ende arderán de un inextinguible, inefable y recíproco amor.

Actualmente –¡es de lamentarlo!– no nos amamos de veras recíprocamente, como debería ser, porque nos escondemos en las tinieblas y nos separamos recíprocamente en los secretos de nuestro corazón; y así *el amor se enfría y la iniquidad abunda* (Mt. 24,12).

Si no fuera así, yo se lo habría dicho (Jn. 14,2): no se lo ha-

bría escondido, sino que les habría manifestado claramente que allí no hay muchas moradas. Pero sepan que *voy a prepararles un lugar.*

Como un padre prepara para el hijo un lugar y el ave prepara un nido para sus polluelos, así Cristo nos ha preparado un lugar: el reposo de la vida eterna; pero, antes, nos ha abierto el camino por el cual podemos acercarnos. ¡Sea El bendito por los siglos! ¡Amén! (III,193-194).

INDICE

Magisterio espiritual de San Antonio 3

PRIMERA PARTE: Vivencias Espirituales 13

1. En la soledad hallarás al Señor 13
2. Dejemos la vanidad del mundo 18
3. Un nuevo modo de pensar 20
4. Nosotros lo hemos dejado todo 23
5. El mundo te puede distraer y engañar 27
6. Del sepulcro, luz y fuerza 30
7. No temas, yo soy tu ayuda 31
8. Jalones de la conversación 32
9. ¡Qué felices los que ven y siguen al Señor! 34
10. Vive en la humildad 38
11. Humildad, estrella que guía al puerto 42
12. Dios ama al que le pide perdón 44
13. La confesión es la puerta del cielo 46
14. La cuaresma, tiempo de gracia y de salvación 50
15. Lleva con Cristo el yugo de la obediencia 53
16. Para compartir las bodas de Jesùs... 55
17. No amemos con palabras sino con obras 59
18. Los pobres son los bienhechores de los ricos 62
19. La reconciliación fraterna 66

PARTE SEGUNDA: Misterios y esplendores trinitarios 69

1. La gracia de Jesús 69
2. Cristo, el Verbo y el Hijo dilecto del Padre 71
3. El hombre, creado a imagen y semejanza de Dios . 73

4. Dios nos ama 75
5. En tu juventud acuérdate de tu Creador 78
6. El Espíritu Santo, don del Padre y fuente de luz ... 82
7. El Espíritu Consolador en la problemática de la vida 84
8. La Virgen rocío y aurora 87
A. La misión de Gabriel a la Virgen 93
B. El anuncio de la concepción del Señor 96
C. Venida del Espíritu Santo 98
9. Sermón moral o la concepción espiritual del Verbo 99
10. Nos ha nacido un niño; es el Hijo de Dios 103
11. ¡Feliz el vientre que te llevó! 109
12. Todo nos fue dado en Jesucristo 115
13. Jesús: Camino, Verdad y Vida 118
14. Jesús, modelo de obediencia 121
15. Cristo se hizo obediente hasta la muerte 123
16. Nuestra salvación está en el nombre de Jesús 126
17. ¡Cristo nos liberó de nuestros pecados! 128
18. La cruz, instrumento de salvación 133
19. La transfiguración o escala para el cielo 136

TERCERA PARTE: Los gozos de la oración y de la contemplación 140

1. Importancia de la vida contemplativa 140
2. De la contemplación a la acción 142
3. La suavidad de la contemplación 143
4. Muchos son los llamados... 146
5. Ama a Dios con todo el corazón y al prójimo como a ti mismo 148
6. Dios merece todo nuestro amor 150
7. El amor, alma y motor de la vida contemplativa .. 151
8. ¡Bienaventurado el que vive en el amor de Dios y del prójimo! 156
9. Escucha con solicitud y habla con gravedad 161
10. Dios ayuda al humilde y al sencillo 163
11. Busquemos las cosas de arriba 167

12. Las virtudes deljusto 170
13. Señor, mi corazón no hallará paz hasta que descanse en ti 175
14. Oración y contemplación 178
15. Buscad ante todo el reino de Dios y su justicia 185
16. Fructificar para la vida eterna 186
17. Con Cristo en la eternidad 189